

YANIS VAROUFAKIS

**Economía
sin corbata**

Conversaciones con mi hija



DESTINO

YANIS VAROUFAKIS

**Economía
sin corbata**

Conversaciones con mi hija

DESTINO

EDICIONES DESTINO, 2015
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: Μιλώντας στην κόρη μου για την οικονομία
© S. Patakis S. A. & Yanis Varoufakis, Atenas, 2013
© de la traducción: Maria Andriá, 2015

Fotografía del autor: © Hannelore Foerster/Getty Images
Fotografía de la cubierta: © www.bridgemanart.com y Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2015
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: mayo de 2015
ISBN: 978-84-08-14191-4
Depósito legal: B. 7.328-2015
Impreso por Egedsa
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

Introducción	7
1. ¿Por qué tanta desigualdad?	9
2. Precio frente a valor	27
3. Deuda, beneficio, riqueza	49
4. Confianza, crisis, Estado	61
5. Máquinas embrujadas	83
6. Dos mercados edípicos	109
7. ¿Virus idiotas?	130
8. Dinero	153
A modo de epílogo: la píldora roja	182

1

¿POR QUÉ TANTA DESIGUALDAD?

¿POR QUÉ LOS ABORÍGENES AUSTRALIANOS NO INVADIERON INGLATERRA?

Todos los bebés nacen igual, desnudos. Pero muy pronto a algunos de ellos los cubren con ropa carísima, comprada en las mejores *boutiques*, mientras que a la mayoría los visten con harapos. Cuando crecen un poco, los primeros ponen mala cara cada vez que los familiares o los padrinos les traen más ropa —ya que ellos preferirían otro tipo de regalos—, y los segundos sueñan con el día en que podrán ir a la escuela con zapatos sin agujeros.

Ésta es una de las caras de la desigualdad que define nuestro mundo. Puede que oigas hablar sobre dicha desigualdad, pero no la ves porque, seamos sinceros, a tu escuela no van niños condenados a una vida de carencias, incluso de violencia, como la de la inmensa mayoría de los niños del mundo. Por lo menos en teoría, sé que eres consciente

de que la mayoría de los niños del mundo no son como tú y tus compañeros de clase. Recientemente me preguntaste: «¿Por qué hay tanta desigualdad?». Mi respuesta no me satisfizo ni siquiera a mí. Así que espero que me permitas volver a responderte, pero esta vez dejando que formule mi propia pregunta.

Puesto que vives y estás creciendo en Australia, en tu instituto de Sídney has asistido a actividades y cursos sobre los aborígenes, y por lo tanto conoces las injusticias cometidas contra ellos y contra su cultura —que los colonizadores británicos pisotearon durante dos siglos—, así como de la escandalosa pobreza en la que viven todavía. Pero ¿te has preguntado alguna vez por qué fueron los británicos quienes invadieron Australia y les arrebataron —porque les daba la gana— la tierra a los aborígenes —en realidad, los exterminaron—, en lugar de que ocurriese lo contrario? ¿Por qué no desembarcaron los aborígenes en Dover y avanzaron rápidamente hacia Londres asesinando a cada inglés que se atreviera a oponerles resistencia? Apuesto a que en tu instituto ningún profesor se atrevió ni siquiera a plantear esta cuestión.

Sin embargo, esta pregunta es importante. Si no la contestamos, corremos el riesgo de admitir, sin pensar, que los europeos han sido, al fin y al cabo, más listos y más capaces. El argumento contrario, que los aborígenes eran mejores personas y por eso no fueron colonizadores, no nos convence, ya que sólo podríamos aceptarlo si hubiesen construido grandes barcos transatlánticos, hubiesen adquirido

armas y el poder para llegar hasta las costas de Inglaterra y poner en fuga el ejército inglés, pero, aun así, hubiesen elegido no esclavizar a los ingleses ni tampoco saquear su tierra en Sussex, en Surrey, en Kent.

La pregunta sigue siendo potente: ¿por qué tanta desigualdad entre los pueblos? ¿Acaso algunos pueblos son más listos que otros? ¿O quizás es algo diferente, algo que no tiene que ver con el origen o el ADN de las personas, lo que explica que por las calles de tu ciudad nunca hayas visto la pobreza que percibiste cuando caminabas por Tailandia?

UNA COSA SON LOS MERCADOS Y OTRA COSA, LA ECONOMÍA

La sociedad en la que creces fomenta la opinión errónea de que economía es igual a mercados. ¿Qué son exactamente los mercados? Los mercados son la esfera del intercambio. En el supermercado «intercambiamos» nuestro dinero por los productos con que llenamos el carro. El que cobra ese dinero —es decir, el propietario o el empleado del supermercado, cuyo sueldo sale del dinero que abonamos en la caja— lo intercambia a su vez por otras cosas. Si no existiera el dinero, daríamos al vendedor otros bienes que él desease. Por eso te digo que el mercado es el lugar donde se hacen los intercambios. De hecho, hoy por hoy este lugar puede ser virtual (acuérdate de cuando me pides que te compre apps a través de iTunes o libros a través de Amazon).

Te explico estas cosas porque mercados teníamos incluso cuando vivíamos en los árboles, antes de aprender a cultivar la tierra. Cuando un antepasado nuestro ofrecía un plátano pidiéndole al otro una manzana, teníamos una forma de intercambio; un mercado rudimentario en el que el precio de una manzana era un plátano, y al revés. Pero esto no es una verdadera economía. Para que se creara una verdadera economía hacía falta algo más: hacía falta empezar a producir, en lugar de limitarse a cazar animales, pescar o recoger plátanos.

DOS GRANDES SALTOS: LENGUAJE Y SUPERÁVIT

Hace aproximadamente ochenta y dos mil años los humanos dieron el Primer Gran Salto: lograron utilizar las cuerdas vocales para emitir no solamente sonidos ininteligibles, sino palabras. Setenta mil años más tarde —es decir, hace más o menos doce milenios—, dieron el Segundo Gran Salto: lograron cultivar la tierra. El lenguaje y la posibilidad de producir comida, en lugar de gritar y comer lo que proporcionaba la naturaleza (caza y fruta), crearon lo que llamamos economía.

A día de hoy, doce mil años después de que el ser humano descubriera la posibilidad de cultivar la tierra, podemos considerar aquel momento como verdaderamente histórico: por primera vez, el ser humano consiguió no depender de la generosidad de la naturaleza, sino que aprendió a tra-

bajarla con esfuerzo para producir bienes para él. ¿Fue un momento de alegría y grandeza? ¡De ninguna manera! La única razón por la cual los humanos aprendieron a cultivar la tierra fue porque tenían hambre. Habiendo exterminado la mayoría de la caza, gracias a la habilidad con la que cazaban, y habiéndose multiplicado tanto que los frutos de los árboles ya no les eran suficientes, el hambre forzó al ser humano a inventar métodos de cultivo de la tierra.

Como todas las revoluciones tecnológicas, tampoco ésta la... elegimos. La tecnología de la agricultura, de la economía agrícola... ¡simplemente surgió! Y, sin pretenderlo, junto con ella cambió la sociedad humana. Por primera vez la producción agrícola creó el elemento básico de una verdadera economía: el *superávit*. ¿Qué es eso? Es un producto de la tierra que no sólo es suficiente para alimentarnos y para sustituir las semillas utilizadas durante el año —que a su vez habíamos «ahorrado» el año anterior—, sino que además sobra, lo que permite acumularlo para emplearlo en el futuro; por ejemplo, los cereales que hemos guardado para un mal momento —como la destrucción de una cosecha por culpa de una granizada— o para plantarlos el año siguiente, aumentando el superávit futuro.

Aquí hay que fijarse en dos cosas: primero, que es difícil que la caza, la pesca y la recolección de frutos puedan producir superávit, puesto que los peces, los conejos y los plátanos tienen una duración limitada —a diferencia de los cereales, el maíz, el arroz y la cebada, que se conservan—; segundo, que la producción de superávit agrícola generó los siguientes

milagros de la sociedad: escritura, deuda, dinero, Estados, ejércitos, clero, burocracia, tecnología e incluso la primera forma de guerra bioquímica. Veámoslos uno a uno...

ESCRITURA

Los arqueólogos nos dicen que la primera forma de escritura aparece en Mesopotamia. ¿Para qué se utiliza? Para registrar la cantidad de cereales que cada agricultor había depositado en el almacén común. Es lógico: como era difícil que cada agricultor construyera su propio almacén para poder guardar su superávit, era más sencillo que hubiese un almacén común controlado por un guardián en el que cada agricultor guardara su cosecha. Pero este tipo de organización requería un comprobante de que, por ejemplo, el señor Nabuj había «depositado» cien kilos en el almacén. De hecho, la primera escritura surgió para que se pudiesen escribir este tipo de recibos, para que cada cual pudiese demostrar cuánto había depositado en el almacén común. No es una casualidad que las sociedades que no necesitaron desarrollar la agricultura, porque la caza y los frutos les eran más que suficientes —por ejemplo, las sociedades de aborígenes australianos y de indígenas norteamericanos—, se hayan conformado con la pintura y la música, y no hayan inventado jamás la escritura.

DEUDA Y DINERO

El comprobante de las cantidades de productos, como los cereales que pertenecían a nuestro amigo el señor Nabuj, fue el inicio de la creación de la deuda y del dinero. De nuevo a través de hallazgos arqueológicos sabemos que muchos de los trabajadores cobraban con conchas en las que estaban escritos los números que representaban los kilos de trigo que el señor debía por el trabajo prestado en sus terrenos. Dado que el trigo al que se referían los números quizá no se había producido aún, estas conchas eran una forma de deuda del señor hacia el trabajador. Al mismo tiempo era una modalidad de dinero, puesto que los trabajadores utilizaban estas conchas para comprar productos de otros.

No obstante, el hallazgo más interesante tiene que ver con la creación del dinero metálico. Muchos creen que las monedas metálicas se idearon para ser utilizadas en las transacciones, pasando de mano en mano. Pues bien, no fue así. Por lo menos en Mesopotamia, ¡las monedas metálicas se utilizaban para registrar la distribución del superávit agrícola mucho antes de que se les diera el uso actual! Tenemos pruebas de que, en algún momento, el registro de derechos de propiedad sobre los cereales que se guardaban en los almacenes comunes se hacía en función de monedas metálicas virtuales. ¿Virtuales? Sí, virtuales. Por ejemplo, en el registro contable se escribía: «El señor Nabuj recibirá cereales por valor de tres monedas metálicas».

Lo divertido es que estas monedas, o bien ni siquiera existían —es decir, no se acuñaron hasta centenares de años después—, o bien existían pero pesaban demasiado como para que circularan. De este modo, las transacciones sobre la parte del superávit se realizaban en función de unidades monetarias virtuales. Pero algo así requería lo que llamamos *creer* —en latín, *credere*, y en inglés, *credit*—: la creencia o confianza de que estas unidades virtuales tenían valor de cambio y por eso merecía la pena que alguien trabajara para recibirlas.

Sin embargo, para que existiera esa confianza, era necesario que hubiera algo parecido a lo que nosotros llamamos *Estado*: una institución colectiva que sobreviviera a la muerte del señor y en la que alguien pudiera confiar que le daría, a su tiempo, la parte del superávit que le pertenecía.

ESTADO, BUROCRACIA Y EJÉRCITOS

Así, deuda, dinero, confianza y Estado van de la mano. Sin deuda no habría una manera fácil de gestionar el superávit agrícola. Justo cuando nació la deuda surgió el dinero. Pero el dinero, para tener valor, exigía una entidad colectiva, el Estado, que lo hiciera fidedigno. Desde luego, es imposible que exista un Estado sin superávit, ya que necesita burócratas que gestionen los asuntos públicos (por ejemplo, tribunales que ejerzan de árbitros en el caso de conflictos por discrepancias sobre qué se le debe a cada cual), policías que

defiendan los derechos de propiedad y, por supuesto, gobernantes que persigan, con razón o sin ella, un alto nivel de vida. Nada de esto se puede mantener sin un superávit considerable, del que puedan vivir todos ellos sin necesidad de trabajar en el campo. Al mismo tiempo, sin superávit tampoco puede existir un ejército organizado. Y, sin ejército organizado, el poder del gobernante, y del Estado en general, no se puede imponer, al tiempo que el superávit de la sociedad se hace vulnerable a los ataques externos.

CLERO

Si lo analizamos desde el punto de vista histórico, todos los Estados que surgieron de las sociedades agrícolas repartieron el superávit de una manera tremendamente injusta, en beneficio de los que eran social, política y militarmente poderosos. Sin embargo, por muy poderosos que fueran los gobernantes, nunca lo hubieran sido lo suficiente como para enfrentarse a la gran mayoría de agricultores sin poder que, de haber llegado a aliarse, hubieran sido capaces de derrocar en pocas horas el régimen que los explotaba.

Entonces, ¿cómo conseguían los gobernantes mantener su poder y seguir distribuyendo el superávit a su conveniencia sin que les molestase la mayoría de la población? La respuesta es: mediante la inculcación de una ideología legitimadora que convencía a la mayoría de que los gobernantes lo eran por derecho. De que así debían ser las cosas.